

se contentó con pasar y desapareció por una avenida mientras que la condesa le miraba alejarse.

—¿Y bien?—dijo uno de los jóvenes elegantes que rodeaban á la joven—¿le habeis visto?

—Sí—repuso la condesa algo pensativa.

—¿Y conserva, visto así, el prestigio que le da la pólvora de la batalla?

—¡Tiene verdaderamente el aspecto de un aristócrata!

—Es encantador—dijo Florival, que agradecía al coronel no haber oído la conversacion, tan bruscamente interrumpida.

—¡Es demasiado alto!—repuso otro.

—¡Cuando engorde será bastante vulgar!

—Así me gusta—dijo la condesa riendo,—me encantan estas criticas del coronel, á quien no conozco. Un hombre á quien los demás hombres encuentran irreprochablemente hermoso, gusta rara vez á las mujeres. Vuestras criticas masculinas son el mayor elogio que podeis hacer del señor de Solignac.

—¡Oh! yo, por mi parte, condesa—dijo Saint-Clair apresuradamente,—no le he criticado. El coronel es un Aquiles digno de encontrar un nuevo Homero.

—Y, ¿por qué no os encargais de cantar sus proezas, mi querido Saint-Clair?

—Lo pensaré, condesa, porque en realidad, ni el Teobaldo de *Severina* de la señora Beaufort d'Hautpoul, ni el simpático Malek-Adhel, que encuentra á la vez en el campo de batalla el altar, el lecho nupcial y la tumba, ni el D. San-

cho de *Alfonsina ó la ternura materna* de la señora de Genlis, ni el héroe de *Eduardo y Stelli* de S. A. el príncipe Luciano Bonaparte, pueden dar una idea de lo que vale el señor de Solignac.

—¿Entonces, es vuestro héroe, Saint-Clair?

Antes de contestar, Saint-Clair exhaló un suspiro.

—No, no es mi héroe—dijo,—Mi héroe no sirve al dios de la guerra. ¿Habeis leído *El pintor de Saltzbourg, diario de emociones de un alma doliente*? El autor que es un joven que se llama, segun creo, Carlos Nodier, se ha retratado en aquellas páginas bajo el nombre de Carlos Munster. Un alma doliente, esa es mi héroe, cruel condesa, y esa es la fiel imagen de un corazon sensible que se complace en soñar con vos, ante las nobles bellezas de una clase indiferente á los tormentos de los humanos.

—¡Pobre Saint-Clair!—dijo la condesa soltando una carcajada sin malicia, una de esas risas expresivas, de muchacha soltera, dichosa honrada y alegre, que tanto encanto producen.

A Enrique de Solignac le habia llamado la atencion aquella encantadora delicadeza y en ella pensaba como se recuerdan las visiones apenas distinguidas, mientras seguia la avenida menos iluminada que las demás, por la cual habia penetrado. Aquel lindo rostro con su aureola de cabellos rubios le habia quedado muy presente; pero, así como al ver por primera vez á Andreina se habia sentido turbado, ante aquella mujer cuyo nombre ignoraba, sentíase atraído

por el perfume de honradez que se desprendía, por decirlo así, de ella.

Maquinalmente se detuvo para mirar de nuevo hacia la condesa, pero ya no veía, al final de la avenida, sino una masa luminosa en la que se agitaban confusamente formas indecisas. Y mientras que estaba allí, de pie, con los ojos fijos en el fondo de la alameda, llamóle la atención por segunda vez oír su nombre pronunciado en voz baja, á pocos pasos de él, y el coronel no pudo ménos de sonreírse de aquella casualidad.

—Esta es la noche de las confidencias al aire libre y que yo recojo al paso—se dijo.—¡A pocos minutos de distancia dos veces la misma aventura!... ¡Esto parece mentira, pero no lo es!

Como sabía que en la guerra está permitido tratar de sorprender al enemigo, amigos ó enemigos quiso conocer á los que hablaban de él.

La avenida que seguía terminaba en una plazoleta á la que iba justamente á parar otra avenida paralela en la cual se paseaban, creyéndose solas, las personas que entónces hablaban del hermoso coronel.

En medio de la plazoleta, aparecía iluminada con vasos de colores, una estatua del Amor, con el codo izquierdo apoyado en su arco y amenazando con el índice de la mano derecha á unas ninfas colocadas en pedestales, alrededor de la plazoleta y que parecían huir en diferentes direcciones y en actitudes provocativas y asustadas al mismo tiempo, como la Galatea del poeta latino.

Delante del pedestal de cada una de estas ninfas, un banco de madera esperaba á los paseantes.

Solignac, apoyado en el zócalo de una de aquellas estatuas miró hacia dondè se oían las voces que hablaban de él y vió á Andreina y Agostino Ciampi.

La jóven iba vestida con una magnífica *toilette* color boton de oro que hacia resaltar su tez y sus cabellos y llevaba en la mano, como de costumbre, un ramo de rosas, semejante al que habia arrojado, delante de todo el mundo al coronel. Agostino llevaba una *toilette* elegante, embellecida, por cierta rigidez militar que sentaba muy bien á su belleza robusta.

Al ver á semejante hombre, Enrique de Solignac no pudo dominar un movimiento de ira y su pensamiento le representó como una aparición, con las cejas fruncidas y las mejillas hundidas, la pálida y severa figura de Riviere, el hombre de honor ultrajado por aquel aventurero.

—¿De modo—decía Andreina—que has seguido mi consejo? ¿La condesa?...

—¡Ya la he hablado!

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Te presentarán en su casa?

—Seguramente.

—¿Quién?

—Un poeta de azar que frecuenta mucho los salones, el señor de Saint-Clair, que en casa de la condesa de Farges ejerce el papel de

lorito y que me abrirá las puertas del hotel.

—¡Singular táctica la de hacerse presentar por un inútil!

—¡Qué importa el guía, con tal que conduzca á la victoria!

Solignac, al oír estas palabras, esperiméntó una estraña sensacion. Adivinaba, tenia el completo presentimiento de que asistia á un complot de mala ley, á alguna conjuracion culpable, y por un instinto irresistible estaba seguro, hubiera jurado que aquella de quien hablaban, aquella mujer en cuya casa queria el marqués de Olona hacerse presentar—¿con qué objeto? Solignac lo ignoraba,—era aquella adorable condesa sentada allá abajo entre un círculo elegante de adoradores. Era evidente para Solignac que no podia tratarse de otra. ¿Tendria el señor Ciampi la pretension de hacerse amar de ella?

—Deseo que tengas éxito, Agostino—dijo Andreina,—aunque, hablando francamente, te encuentro muy estraño y misterioso conmigo.

—¿A mí?—exclamó el marqués.

—Seguramente. ¿Cuántas veces te he visto desde mi llegada? Cualquiera diria que huyes de mí, y no obstante, tengo un favor que pedirte.

—¿Cuál?

—Ya te lo diré cuando te dignes venir á mi hotel, del que parece huir.

—No es del hotel de lo que huyo, es de los que tú recibes en él.

—¿Y quiénes son ellos?

—Me he equivocado; debí decir de uno solo de los que van, porque no odio más que á uno.

—¿Solignac?

—Si.

—¿Y por qué le odias?

—¿Acaso lo sé? Le odio por instinto. La primera vez que le ví adiviné un enemigo en él. Hay personas que está uno seguro de encontrar á través de su camino cada vez que quiere dar un paso hácia adelante. Verdaderamente que si este hombre se interpusiera entre el objeto que persigo y yo cuando estuviese á punto de alcanzarlo, no me estrañaria. Escucha: ese militar, ese Solignac, tu hermoso coronel, es el que ha conducido no sé adonde á la mujer que yo amaba, á quien amo todavía, y que era para mí el amor y la pasion, como la condesa de Farges ha de ser la fortuna y el poder.

—¿Quién te ha dicho que él ha hecho eso?

—Yo he interrogado, buscado y seguido la huella de Teresa... Solignac la ha ayudado en su fuga. Indiscreciones de algunos criados me han enterado de todo.

—¿Y piensas todavía en esa Teresa?—dijo Andreina con acento burlon.—¿Quieres que te diga por qué no la has olvidado aun? Porque te ha abandonado. Tomas por un resto de amor lo que no es más que la irritacion de tu amor propio.

Diciendo esto, habia avanzado algunos pasos, sentándose luego en un banco, al pié de una de las ninfas de mármol.

Agostino permaneci6 de pié.

—Te digo que continúo amándola, y que sea

herida de amor propio, como tú dices, sea pasión persistente, cuando haya logrado hacerme aceptar por la condesa de Farges, volveré á Teresa y la hallaré de nuevo, tan cierto como soy tu hermano.

—¡Vanidoso!—dijo Andreina.—*¡Tutti gli nomi sono simili!* Quieres abandonar á las mujeres, pero no quieres que ellas te dejen.

—Quizás,—dijo Agostino.

—Vamos—repuso la italiana encogiéndose de hombros,—si tengo un consejo que darte, es olvidar á tu *Teresina* y no pensar sino en esta mujer con quien es preciso que te cases, á pesar de los rivales y á pesar de ella misma. *Per Baccho, Agostino mio*, la aventura es digna de un Ciampi!

—Si—dijo el marqués,—sí, seguramente; pero que la condesa llegue ó no á ser mi mujer, no por eso tengo menos derecho sobre la que ha sido y es mi querida.

Solignac habia escuchado hasta entónces, apretando con sus nerviosos dedos las esculturas del zócalo, detrás del cual permanecía de pie; pero al oír las últimas palabras de Agostino, adelantóse bruscamente, y mientras que la señorita de Olona se levantaba asustada:

—¿Con qué derecho, caballero—dijo,—hablais de una mujer que lleva el apellido de un hombre de honor, y que quisiera hoy que entre ella y vos mediara un abismo?

Agostino retrocedió, no por miedo, sino para tomar carrera ántes de abalanzarse sobre el coronel.

—¡Solignac!—exclamó con una espresion de fiera y una sonrisa que descubrió sus blancos dientes, mientras que un relámpago de ira brotó de sus pupilas.

—¡Agostino!... ¡Coronel!—dijo Andreina.

Y se arojó, trémula y pálida, entre aquellos dos hombres, Agostino lívido y con los puños cerrados, y Solignac inmóvil y sonriente.

—A mi vez os pregunto—dijo el marqués—¿quién os da el derecho de hablar de lo que es un secreto de mi vida?

—Secreto confiado al viento de la noche—repuso Solignac con ironía.—El céfiro lo lleva á través de una alameda hácia el primer desconocido que pasa.

—Para haberlo sorprendido es preciso habernos espiado—contestó con insolencia Ciampi.

—¡Agostino! ¡Agostino!—repitió Andreina.

La jóven suplicaba porque temia un choque entre aquellos dos hombres y comprendiendo que en Solignac era en quien debia apoyarse para evitar una explosion, sus verdosos ojos buscaban los azules del coronel y envolvía, por decirlo así, con su cuerpo flexible y magnético al hermoso Solignac, dispuesto á contestar.

Y mientras el coronel miraba cara á cara al insolente italiano, la penetrante voz de Andreina llegaba á sus oídos, murmurándole en voz baja, con acento de suplicante ternura:

—¡Enrique, es mi hermano! ¡Ni una palabra, ni un gesto, por favor! ¡Enrique mio, es tu Andreina quien te lo suplica!

El coronel comprendió que un escándalo en

aquel momento y en semejante lugar podia ser perjudicial á Riviere. Las ocasiones para castigar á Ciampi no habian de faltar, era mejor contenerse. Soltóse nuevamente de los brazos de Andreina, estrechó la mano de su querida, y claramente antes de alejarse:

—Soy el hermano de armas del comandante Riviere—dijo.—¡El que le insulta me insulta á mí mismo! A fin de evitar un escándalo olvidaré lo que acabo de oír. Pero un consejo, señor marqués: ¡no os pongais nunca en mi camino!

—Seguiré el que se me antoje, sin preocuparme del guijarro que quiera detenerme—dijo Ciampi con energía feroz.

—¿Un guijarro? No—repuso Solignac.—¡Una mano de hierro! ¡Adios!

—¡Hasta la vista!—dijo Agostino.

Andreina miró cómo se alejaba Solignac.

—¿Estás loco?—dijo luego.—¿Quieres morir?

—¿Tienes miedo por mí?

—¡Sí, sí tienes por enemigo á ese hombre!

—¡Pardiez! el coronel te ha dominado, segun veo, *sorrella mia!* Pero entre los Ciampi no hay solo mujeres, hay hombres! ¡Di á tu amante que tenga cuidado, porque si vuelve á desafiarme, es hombre muerto!

—Y si tú pretendes matarle—dijo Andreina fijando sus pupilas verdosas en los ojos de gato del napolitano.—¡créeme, Agostino, ya puedes de antemano hacer que cosan tu sudario!

Solignac habia llegado ya al final de la avenida, y en el momento en que, atravesando la parte de jardín que conducía á las habitaciones,

iba á entrar en el gran salon, oyó unos gritos agudos y vió, como en un torbellino, á varias señoras que escapaban azoradas, mientras que un haz de llamas se elevaba detrás de una mujer, inmóvil y pálida, hácia la cual se precipitaban varios jóvenes. Entónces, movido por ese instinto de eterno salvador que formaba el fondo de su carácter, Solignac, de un salto los adelantó á todos.

Había reconocido además, en aquella mujer medio envuelta por las llamas, á la rubia condesa que antes viera rodeada de cortesanos.

En un instante estuvo á su lado.

Valiente á pesar de su aire infantil, la joven permanecía inmóvil, mientras que la llama subía á su alrededor con sus mil besos de fuego. La tela ligera de su vestido ardia y si se hubiera dejado dominar por el terror y hubiera corrido á través del salon, indudablemente la llama la habria envuelto y devorado por completo.

Su sangre fria la salvó.

Solignac se puso de rodillas, abrazó, con un rápido movimiento, la larga cola del vestido ardiendo, retorciéndola con energía, ahogando con sus manos las llamas que subian como amenazas de muerte. Luego se levantó más pálido que la condesa misma, que permanecía de pie valientemente, con su traje medio consumido sonriendo á su salvador, con su linda y traviesa sonrisa que de repente se habia vuelto seria.

La enérgica accion de Solignac habia sido tan espontánea y tan rápida que la joven estaba

fuera de peligro antes de que sus acostumbrados cortesanos hubiesen llegado junto á ella.

Pero pronto se vió rodeada é interrogada, no sabiendo á quién contestar. El joven Saint-Clair, especialmente, estaba pálido y azarado.

—¿A lo menos no estais herida, condesa?

—¡Qué desgracia!... ¿Cómo ha sido?

La condesa sonreía, y un ligero sonrosado asomaba de nuevo á sus mejillas.

—Alguna chispa, impelida por el viento—dijo, —no ha sido otra cosa. ¡Nuestras telas de verano son tan ligeras!

Volvióse luego hácia Solignac, que la miraba algo sorprendido, y le dijo:

—¡Gracias, coronell! Estais más acostumbrado á asaltar las baterías que á apagar el fuego; pero desempeñais las dos cosas á las mil maravillas!

Y le alargó su pequeña mano enguantada.

—Señora—dijo Solignac, vacilante, enseñándola sus guantes ennegrecidos.

—A eso tampoco estais acostumbrado; pero, ¡qué importa!

Y su mano, que continuaba tendida, encontró la de Solignac.

En el momento en que estrechaba aquella mano de niña adorable y franca, el coronel distinguió en el círculo que se habia formado alrededor de ellos, el rostro enérgico y los ardientes ojos de Andreina, y dominado de repente por una emoción que seguramente no le era habitual, se estremeció.

—Coronel—añadió la condesa—ahora deseo

escapar á toda prisa y ocultarme á las miradas de los invitados. Os ruego me prestéis vuestro brazo hasta el carruaje. Necesito un héroe por acompañante, si no quiero, con el traje como le llevo, parecer un poco ridícula.

Y con un gesto encantador, señaló su falda medio consumida.

Solignac se inclinó, alargó su brazo, y aquella pareja, de una belleza tan perfecta, atravesó el salón, mientras que algunos bravos furtivos saludaban al paso el valor de la condesa y la caballería del militar.

—La Fuerza y la Belleza—suspiró, no sin cierta tristeza el delgado Florival de Saint-Clair.

Al llegar á su carruaje, la condesa dirigió de nuevo á Solignac una sonrisa llena de agradecimiento y le dijo con esa amabilidad de la gente del gran mundo, pero que en ella no parecia tener nada de vulgar:

—Coronel, tengo interés en seguir siendo amiga vuestra. En el hotel de Farges se os recibirá como si fuérais uno de los que se aprecia hace más tiempo y el día en que tenga el gusto de veros en él, será para mí un día feliz. ¡No debe uno amenudo la vida á un hombre á quien tantos enemigos de la Francia deben la muerte!

Solignac no trató de contestar al cumplido. Estaba encantado; saludó, permaneció inmóvil y el carruaje partió.

Cuando volvió á los salones, la primera persona á quien encontró el coronel, fué Andreina.

De pié, apoyada en el pedestal de un inmenso jarrón de Sévres, le esperaba mordiendo sus rosas.

—¿Conoceis á esa mujer?—le dijo bruscamente y con una extraña expresion en la mirada.

—Esta noche la he visto por primera vez.

—¡Es muy hermosa!—dijo la italiana.

—Es más que hermosa, es encantadora.

—Ya sé que se la adora.

—Debeis saberlo mejor que nadie, puesto que vuestro hermano...

—¿Mi hermano?

—¿No era el nombre de la señora condesa de Farges el que pronunciaba hace poco allá bajo?

—¿Y qué os importa?

—Le importa siempre á un hombre que se precia de ser honrado el no dejar pasar una infamia al alcance de su mano sin castigarla.

—¿Es decir?

—Nada ¿abandonais el baile?

—Sí; ¿y vos? ¿y tú?—murmuró Andreina.

—Yo, me quedo.

Andreina hizo un gesto de ira dominado al punto.

—Enrique — le dijo. — Enrique, ten cuidado. ¡Ya no me amas, tal vez, y vas á querer á esa mujer!

—¿Estais loca?—esclamó Solignac sonrieno, pero con una sonrisa forzada.

—Escucha Enrique, — añadió la italiana. — Existen amores mortales en este mundo. Ya te

he dicho que el mio era uno de estos. ¡Ten cuidado! Si supiera que me hacías traicion...

—¿Y bien?

—¡Mataré ó moriré!

—¡Qué locura!—dijo Solignac cogiéndola la mano y besándosela.—¡Morir! ¿Morir vos? ¡Si es tan bueno vivir!